



Ethel **Gilmour**

Ethel **Gilmour**

ediciones
gamma

Ethel por Ethel

Ethel Gilmour nació hace mucho tiempo en un país muy lejos, pero ella está todavía joven.

Cuando ella era una niña tenía mucha fama por sus dibujos de caballos. Todos sus amigos querían un caballo pintado encima de sus chaquetas.

Ethel estudió arte en la universidad y después ella encontró a Jorge. Jorge vive en Colombia, en los Andes, un país muy lejos para Ethel. Jorge y Ethel se casaron y viven en Medellín, muy felices.

Ethel pinta todas las cosas que ella quiere: casitas colombianas pintadas de azul y naranja, las montañas altas y verdes, un conejo, una mariposa grande mostrando sus alas brillantes, una rosa rosada y la lluvia.

Ella también pinta todas las cosas que ella no quiere: pistolas negras, niños sin comida, inundaciones de pueblos, un perro solo en la calle y más que todo la terrible guerra en todas partes.

Su arte es como un sancocho, un poco de todo.

Ethel es profesora y tiene miles y miles de estudiantes.

Ethel ama a su Jorge, sus estudiantes, sus animales y sus días de pintar.



Damos las gracias a la Corporación Casa de Ethel y Jorge por la colaboración prestada para la realización de este proyecto. A Jorge Uribe, quien aceptó esta propuesta y con generosidad abrió las puertas de su casa para que nos adentráramos en el universo lleno de color y poesía que compartió con Ethel durante tantos años.

A Imelda Ramírez, que puso a nuestra disposición no solo todo el conocimiento académico y su acervo investigativo, sino las fantásticas y emotivas anécdotas de una amistad tan entrañable con la artista.

A Liliana Gaviria, que al frente de la Corporación quiso rendirle este homenaje póstumo a Ethel y nos brindó un texto sobre el valor y la dignidad con los que la artista enfrentó la enfermedad y la muerte.

A la familia Gilmour, que con entusiasmo colaboró y compartió con Imelda archivos, obras inéditas y muchos recuerdos para enriquecer la investigación de este libro.

A Martha Lucía Villafañe y a Karen Cordero por su disposición para participar en este proyecto con criterio y profesionalismo.

Infinitas gracias a Carlos Tobón, quien insistió y persistió hasta poder concretar este homenaje a su gran amiga, y que trabajó incansablemente en la búsqueda del material necesario para convertir esta idea en una realidad.

Al Museo de Antioquia, a su directora María del Rosario Escobar y a Cristina Abad, quienes nos apoyaron incondicionalmente durante el proceso de edición de esta obra.

Nuestros más sinceros agradecimientos a todas las instituciones y museos que nos colaboraron:
Museo de Arte Moderno de Medellín, MAMM; Museo Nacional de Colombia; Museo de Arte Moderno de Bogotá, MAMBO; Museo Universitario Universidad de Antioquia, y Universidad EAFIT.

Damos las gracias también, de manera muy especial, a todos los coleccionistas privados en Colombia y en el exterior que generosamente nos permitieron fotografiar sus obras para la realización de este libro.



“Mal podría yo pintar ` a lo Nueva York ´ desde mi taller en Boston. Yo prefiero lo inmediato, lo mío, lo antioqueño. No le temo al fracaso ni a la sonrisa de los espectadores. Todo lo contrario. El fracaso enseña y en cuanto al humor, nos hace mucha falta”.

Ethel Gilmour *

* Ethel Gilmour en conversación con Carlos Patiño, “Los besitos de Ethel”, *El Mundo*, Movida Cultural, lunes 10 de julio de 1989, p. 3b.





LA POESÍA ES LO ÚNICO QUE TENEMOS UN RETRATO DE ETHEL GILMOUR

Imelda Ramírez

CRECER EN EL SUR DE LOS ESTADOS UNIDOS*

*Estoy convencido de que mantenerse en esta tierra
no es una dificultad, sino un pasatiempo
si vivimos con sencillez y sabiduría.*
Thoreau

LA INFANCIA EN EL SUR

Ethel Gilmour y su hermano gemelo, David, nacieron en el hospital de Cleveland, Ohio, el 29 de febrero de 1940, un año bisiesto. Sus padres la llamaron Ethel Keesler como una forma de honrar a su tía y al apellido de la familia materna. Nacieron en Cleveland porque su padre, médico en formación, hacía el internado en el hospital de esa ciudad. El doctor Monroe Gilmour era de Richmond, Virginia. Como hijo de un pastor presbiteriano, tuvo una formación religiosa muy estricta y aunque comenzó estudios de teología, sus intereses lo llevaron a graduarse en literatura inglesa y luego a formarse como médico en la Escuela de Medicina de Harvard.

Una vez el doctor Gilmour terminó el internado, la familia de Ethel regresó a Charlotte, Carolina del Norte. Se instalaron en una casa grande, construida en 1925, la cual se conservó como casa familiar hasta la muerte de la madre de Ethel, Mary Nash Keesler, en el año 2004. Ella había nacido en Greenwood, en el corazón del delta del Misisipi, una tierra fantástica y de contradicciones, en la que “bailar era como respirar”, como decía su hermana, Ella Fountain. La familia gozaba de una vida social ajetreada, llena de fiestas y predicadores, de magos y espectáculos ambulantes, de música, danza y lecturas compartidas. Mary Nash, sus cuatro hermanas y sus otros dos hermanos eran muy cercanos entre sí. Todos estudiaron en la universidad, eran liberales y se interesaron en las artes. El abuelo de Ethel, cuya profesión consistía

en evaluar los diferentes grados de algodón, fue elegido alcalde de Greenwood después de la caída de la industria algodonera. Lo recuerdan por su profundo sentido de la justicia social.

Antes de casarse con el doctor Gilmour, Mary Nash se graduó del Sophie Newcomb College en Nueva Orleans y trabajó como maestra en el Misisipi rural. Quienes la trataron, la recuerdan por su amor a los pájaros, las flores y los árboles, a los que conocía por su nombre. Amaba las montañas y la poesía, que a menudo citaba de memoria. Tenía un maravilloso sentido del humor, que heredaron sus cinco hijos (Betsy, Ethel, David, Monroe y Gina). Mary Nash era una mujer encantadora, muy alegre y animada; le gustaba jugar, actuar, disfrazarse y contar historias, incluyendo antiguos relatos bíblicos. Para ella, el lenguaje del amor estaba inscrito en cada cuento, cada flor, cada pájaro, cada árbol y cada libro.

Los dolores de la guerra fueron parte de la historia familiar, desde la Revolución de las Trece Colonias hasta la guerra civil, las guerras mundiales y la guerra de Corea. Quizá por esa razón, Ethel fue muy sensible a la guerra y pintó tantas imágenes, especialmente de los conflictos en Colombia, con soldados, uniformes militares, armamentos, tanques, aviones y barcos, y mostró cómo la guerra, despiadadamente, arrebatava vidas que habían sido cultivadas con amor, pero también imágenes de esperanza y de resistencia. La guerra estaba siempre presente, porque como dijo alguna vez William Faulkner, en el sur, “El pasado nunca está muerto: Ni siquiera es pasado”¹.

En diciembre de 1941, la base militar estadounidense de Pearl Harbor en Hawái fue atacada por la Armada Imperial Japonesa. Estados Unidos, que hasta entonces había intervenido de manera parcial en la Segunda Guerra Mundial con sanciones, le declaró la guerra al Japón. Seguidamente, Alemania e Italia, como aliados de Japón, respondieron de igual forma. A partir de entonces, Estados Unidos entró a desempeñar un papel protagónico en la guerra. Ese fue el comienzo de una confrontación que terminó con las bombas atómicas que ese país lanzó sobre Hiroshima y Nagasaki, donde miles murieron y muchos más resultaron gravemente heridos y enfermos a través de varias generaciones.

Al final de la guerra, más de dieciséis millones de estadounidenses se habían incorporado al ejército de ese país y sus vidas o las de sus familias habían quedado perturbadas. El marido de la hermana de Mary Nash, Ethel, desapareció en el Mediterráneo durante la Segunda Guerra Mundial y nunca lo encontraron. Durante el conflicto de Corea, los Gilmour albergaron a la hermana de Mary Nash, Ella Fountain, y a sus dos hijos jóvenes, mientras su esposo servía en la guerra. El hermano de Mary Nash, Sam, siendo aún muy joven, murió cuando las tropas alemanas derribaron su avión, durante la Primera Guerra Mundial. La base aérea de Keesler en Misisipi lleva su nombre.

Los Gilmour pasaban los veranos en los montes Apalaches de Carolina del Norte, primero en Montreat y luego en Black Mountain,

* Agradecemos al Banco Davivienda y a Carolina Zuluaga por seleccionar la obra de Ethel para este homenaje. A Carlos Tobón por sus iniciativas. A la familia de Ethel por acompañarnos en el proceso de esta investigación. Sus hermanos Gina, David, Monroe y su esposa, Fern, nos acogieron y nos ayudaron con la documentación y el registro de las obras de Ethel en colecciones en Estados Unidos. Lo mismo hizo su primo Sam Pratt y su esposa, Celia, quienes nos compartieron su valioso archivo y nos colaboraron con las imágenes de las obras que tienen en su casa. También agradecemos el apoyo de los que nos colaboraron al facilitar sus obras y con las fotografías (Sally Mueller, sobrina de Ethel; Anne y Epes Robinson; Vicky y Robert Havens; LaVerne Glover y Peter Bogg). Agradecemos de manera especial a Gina Gilmour por sus valiosos aportes, así como a Shelley Welton por revisar con ella la primera parte de este escrito. También a Jorge Uribe, el esposo de Ethel, por su cariñoso acompañamiento. En particular, agradezco a mis amigos, Liliana Gaviria y Juan Carlos Acosta, compañeros generosos y comprometidos a lo largo de este proceso; a mi familia, Francisco Javier Correa, mi esposo, y a Matías y Emilio Uribe, así como a Gabriela Sáenz, por su colaboración y apoyo constante. La Corporación Casa de Ethel y Jorge (Jorge Uribe, Liliana Gaviria, María Cecilia Uribe, Margarita Zuluaga, Roberto León Ojalvo, Zoraida Gaviria, Silvia Elena Valencia, Luz María Arango, Edwin Vélez e Imelda Ramírez) y el Museo de Antioquia (María del Rosario Escobar y Cristina Abad) han tomado parte muy importante en la protección de la obra de Ethel Gilmour.

donde las montañas, los bosques y los animales fueron sus grandes amigos. Ethel siempre recordó esas montañas con especial afecto. Sus bosques tienen la mayor diversidad después de los tropicales. Sus árboles son altos y sus hojas grandes, y, al cambiar de colores con las estaciones, crean paisajes majestuosos. En una carta a su tía, Ethel le preguntaba por las montañas y si ya había visto las hojas cambiar de color, porque, le decía, esa “era una de las cosas que más extrañaba”².

Esos días de infancia en el campo fueron muy intensos para Ethel: “Escalamos montañas, nadamos, montamos a caballo, bailamos y jugamos tenis”³. Luego escribió que gran parte de su vida la había pasado en las montañas del sur y cualquier lugar que fuera similar la hacía feliz: porque era “feliz con las montañas y con todo lo que fuera simple”⁴.

Mientras estuvo en el colegio, Ethel participó muy diligentemente en actividades extracurriculares. Pertenecía al grupo de natación sincronizada, dirigía sus presentaciones y enseñaba natación en los campamentos de verano. También tomaba clases de pintura en el museo de la ciudad y le gustaba mucho montar a caballo, especialmente en Demeter, un caballo al que amaba. Además del deporte, se interesaba por el trabajo social y quería conocer y entender el mundo. Pasó un verano como estudiante de intercambio en Inglaterra y otro en Nueva York, donde trabajó en un centro comunitario.

LA CULTURA SUREÑA

La vida en el sur era, en cierto modo, provincial, atada al pasado y a la tierra, y se resistía a la modernización. En ella prevalecía una profunda conciencia comunitaria que tenía un elemento casi religioso. Los lazos fuertes y el sentido del cuidado surgían de una espiritualidad que no daba tanta importancia a los elementos sobrenaturales, rituales, jerárquicos y ornamentales de la religión organizada. En el trabajo posterior de Ethel como artista, parecía sostener un diálogo permanente con Dios. A veces daba la impresión de que percibía una presencia cercana; otras veces, ante el sufrimiento, ese Dios se le perdía; otras, simplemente era una flor y muchas más, resultaba ser una creación humana “necesaria y bella”⁵.

Ethel podía conservar una especie de inocencia infantil que le permitía permanecer siempre abierta a preguntarse y asombrarse, incluso, ante las cosas más simples de la vida. Su hermana Gina decía que “Ethel amaba las historias, las imágenes y las metáforas de las religiones, pero no era religiosa en el sentido de la religión organizada, sino una humanista, sin lugar a dudas, y probablemente diría que la bondad era su religión”. Sin embargo, ella siempre reconoció que la religión tradicional podía proporcionar bienestar para muchas personas⁶.

Culturalmente, el sur no era del todo insular; muchos poetas, intelectuales y escritores surgieron de esa cultura, lo que reforzó el interés de Ethel por la poesía, la literatura y la historia. Era una ávida lectora. En esa vida de ritmo más lento, en comunidades en las que todos y todo se conocía, y en la que los conflictos estaban a menudo presentes, los dramas de la vida se hacían más comprensibles a través de las historias que se contaban dentro de una tradición oral muy arraigada. Ethel hablaba de la narrativa sureña como una tradición de “pensamientos en voz alta”⁷.

La cultura literaria del sur incluyó importantes escritores como William Faulkner, Tennessee Williams, Carson McCullers, Flannery O'Connor, Thomas Wolfe y Eudora Welty. La formación de Ethel en el sur y su lectura copiosa le ayudaron a desarrollar una gran capacidad para reconocer y dar forma a las historias. La importancia de la narración en las pinturas de Ethel está representada por la inclusión de su figura, que sirve como comentarista o como un personaje dentro de la historia. Esta es una característica distintiva de su trabajo. Con el tiempo, ella encontró su voz y su lugar como cronista de “pensamientos pintados”. Su trabajo llegó a ser el resultado de ideas, de sus pensamientos sobre la vida, que ella expresaba antes en esquemas rápidos, en los que usualmente se incluía, ya como narradora o con textos que representaban su voz.

LOS CONFLICTOS

Más distante en el tiempo, pero siempre presente en la memoria del sur, estaba la guerra civil, también conocida como la guerra de Secesión, que tuvo lugar entre 1861 y 1865. Los Estados Confederados del Sur querían ser independientes para poder seguir utilizando el trabajo de los esclavos, que creían esencial para sostener el sistema de las plantaciones. El legado de esta guerra continúa minando ese país. Incluso después de la guerra se produjo un fracaso al integrar plenamente a la población afroamericana y otorgarle legitimidad y verdaderos derechos. Siguió sometidos a prejuicios opresivos, encarnados en las leyes de Jim Crow, que separaban a las razas en mundos paralelos, creando una sociedad cruel e injusta. Después de actos nacionales, regionales e individuales de desobediencia civil, esas leyes finalmente fueron derogadas en 1964.

Para Ethel, el sur era una tierra de conflicto. A pesar de que apreciaba la “música” que había “en el ambiente” y el regalo de poder vivir con “más espacio”, y de una manera “más lenta”, también sabía que el sur “era cruel y capaz de una violencia terrible”⁸. Ser sureño, para ella, era cargar con el peso de la culpa por la esclavitud y por toda la violencia que había generado, y por las desigualdades que persistían. Ethel sentía que ese peso fue, posiblemente, la influencia más profunda en su vida.

En Georgia, un estado del sur profundo, donde Ethel estudiaba en el Agnes Scott College (1958-1962), una institución muy exigente y solo para mujeres, la conciencia de la segregación racial llegó a ser aún más significativa para ella. Mientras estudiaba artes como su énfasis principal, también tomaba cursos de literatura —con un interés particular en las obras de Dante— y de astronomía; era la editora de artes de la revista universitaria, diseñaba sus portadas de expresión política y escribía artículos contra la segregación racial y con una amiga participaba en protestas a favor de los derechos civiles.

La experiencia temprana de vivir en una época de manifiesta segregación y discriminación racial creó en Ethel el compromiso de no olvidar ese pesado costo. La injusticia —de cualquier naturaleza, ya fuera basada en la raza, el género, la clase, o la religión— no era algo correcto, aunque pareciera ser, con demasiada frecuencia, el camino del mundo. Después de la universidad, Ethel se estableció en Boston,

Niña en el campo | s. f. | Acuarela sobre papel | 44 x 31 cm | Colección Fern Martín y Monroe Gilmour.



Dios durmiendo. Serie *El rostro de Dios* | 1993 | Óleo sobre tela | 70 x 70 cm | Colección Corporación Casa de Ethel y Jorge.

